



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13795

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pts.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

SABADO 16 DE NOVIEMBRE DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 51, Faubourg-Montmartre.

UN PROBLEMA NACIONAL

Anualmente consume España de 350 á 370.000 toneladas de hierros y aceros diversos; y la base principal de la vida de las fábricas establecidas en los centros metalúrgicos es el consumo nacional.

A Alemania nos sobran millones de toneladas; Inglaterra próximamente igual cantidad; pero aunque lo que consume España guarda tan débil proporción no cabe negar que nuestra península progresa.

Basta para evidenciarlo el fijarse en el horizonte que ofrecen la próxima construcción de ferrocarriles secundario, canales y pantanos, buques mercantes y de guerra, la utilización en grande escala de fuerzas hidráulicas, etc.

En otro orden de consideraciones lo evidencian también el desenvolvimiento de la agricultura, el saneamiento y mejora de nuestras grandes poblaciones todo lo cual puede determinar un consumo, en plazo no lejano, de un millón de toneladas de hierro y acero.

Quizás esto parezca demasiado poco en relación á las naciones indicadas, pero no se olvide que los Estados Unidos con una población solamente cuatro veces mayor que la de España, consumió en 1902, 19 millones de toneladas de lingote.

Así como las industrias extranjeras, especialmente las de Inglaterra, Bélgica y Alemania se nutren á sus anchas de la exportación, del propio modo cabe esperar que los españoles vendan fuera de la península y con ventaja el excedente de sus productos.

El precio del coste del lingote es enorme en el extranjero, y el de los minerales y combustibles va subiendo á considerables alturas y en tal concepto, no ha de ser posible la lucha provechosa de los productos españoles con los extranjeros en los mercados.

Costando los minerales de 50 á 56 por 100 de ley de hierro en Sierra Menera y cerca de Ponferrada á razón de tres á cinco pesetas, al pie del horno alto y resultando aquí la mano de obra algo más barata y el combustible á alrededor de 22 pesetas por tonelada, puede obtenerse un precio de coste del lingote entre los más bajos conocidos en el mundo.

Algo que debe tenderse es á evitar, en la cuestión del hierro, que teniendo en gran cantidad la primera materia, se exporte al extranjero, de donde luego vuelve convertido en locomotoras, dinamos, grúas, vapores, instalación de azucareras, piezas inquebrantables de fabricación, etcétera.

Cuando la siderurgia nacional progresa y la industria de las construcciones y de la fabricación se perfecciona, quedará en España, solamente con el consumo nacional, un material de grandes beneficios, que hoy van á perderse en el extranjero.

Mediten nuestros políticos, nuestros estadistas, nuestros gobernantes en este gran problema nacional, se persuadan del amplio campo de aplicación que se desarrollan ante sus ojos.

DEL DIA CRÓNICA

El invierno, para las clases obreras presenta hoscó y amenazador. Las obras paralizadas por escasez de capital y exceso de tributación; el tráfico comercial sin movimiento por falta de venta, abundancia de ofertas

y poca demanda; la exportación de minerales, casi nula por la depreciación de éstos; el mal tiempo para el transporte marítimo en el comercio de importación; y como, si esto no bastara, la enorme carestía en los artículos de primera necesidad, hacen que la vida de la clase proletaria sea casi imposible. Si á esto se añade lo crudo de la estación que empieza, se comprenda lo horrible del cuadro que se presenta. El hambre, el frío, el frío, el hambre y la miseria, aumentan los angustiosos de las pobres familias obreras, que sin pan y sin abrigo se hallarán avocadas á la más negra desesperación.

Todavía puede aumentar el número de desgracias, el puro del desagüe; pues paralizadas éstas, las minas, que de nuevo se inundan harán imposible los trabajos y quedarán sin ocupación cientos de obreros.

Por aquí puede empezarse el remedio; se puede precaver, si no fuera posible remediar totalmente el malestar de la clase obrera, haciendo que esas obras no se paraliquen; que se averigüe la causa de las deficiencias que puede originar la paralización y que se remedie; que cuando hay buena voluntad todo puede solucionarse sin perjuicio de los intereses particulares y en pro de las clases trabajadoras.

Por otra parte deben fomentarse otras de iniciativa particular anticipándolas para dar ocupación á los obreros que estén ó se quedan sin trabajo; el Ayuntamiento puede en los próximos presupuestos recargar el capítulo de Obras públicas, sobre todo el de caminos; la Junta de Obras del Puerto debe también dar impulso á sus trabajos y utilizar sus proyectos con el mismo fin y las empresas todas deben prevenirse para acometer con urgencia los trabajos que puedan realizar, estableciendo la verdadera solidaridad entre las clases que pueden y los infelices obreros cuyo malestar es de todos conocido.

La solidaridad para estos casos es un deber; en otros puede ser una forma ó un sport político.

CRISTIAN

PÁGINAS LITERARIAS

LA HERMOSA VIAJERA

En el preciso momento en que nuestro tren va á partir sube al coche una hermosa mujer, que, según parece, no tiene prisa.

Un criado le dá desde el andén varios bultos, que ella va colocando en la redecilla.

El jefe de la estación va á dar señal de partida. La viajera dice á su criado:

—A mi marido se le va á escapar el tren, como de costumbre. ¿Le ve usted por ahí?

Después se sienta y á los pocos momentos da comienzo el viaje.

Me pongo á contemplar á la desconocida, que es en realidad una mujer de extraordinaria belleza. Es alta y va elegantísimamente vestida. Lleva un gran sombrero de paja blanca, con un amplio velo muy oscuro. Aquella exquisita criatura es rubia y no tiene el pelo rizado. Sus ojos son azules, y la expresión de su rostro es verdaderamente encantadora.

¿Cómo amaré yo á esa mujer, si ella quisiera! Poco dudablemente, la plaza está tomada.

Cuando viaja en ferrocarril no puedo mirar á una mujer sin imaginar que va á comprender la bondad de mi alma antes de cinco minutos. Sueño con poder un cuarto de hora, sin

embargo, confieso que jamás aprovecha el plazo que le otorgo.

Mi compañera de viaje hizo lo que todas las demás. En vez de mirarme se puso á contemplar los monumentales anuncios que adornan las paredes y los campos. Probablemente pensaba lo que había de decir más tarde á aquel marido á quien se le había escapado el tren. «He viajado en un coche lleno de hombres, entre los cuales había uno que me ha estado mirando constantemente. ¡Ya ves á lo que me expones! Y ese individuo en cuestión será yo.

Prolongué hasta veinte minutos el plazo que otorgo á las personas cuyo trato deseo.

Al cabo de los veinte minutos la hermosa viajera no se había decidido á mirarme.

La desconocida se levantó para quitarse la chaquetilla y después se sentó y se puso á leer un periódico ilustrado.

Me desanimé por completo y renuncié á todas las aventuras que esperaba.

Diriji mi última mirada á aquella mujer que no sabe lo que se pierde y cojo mi novela de viaje, que debía haber leído antes de que el tren hubiese llegado á la estación de Trouville.

Leo cincuenta páginas por hora, y sólo el cansancio me obliga á levantar de cuando en cuando la cabeza.

De pronto recuerdo que va en mi coche una mujer encantadora. Allí está; pero no me parece la misma.

Indudablemente la otra era más hermosa.

A no dudar, se había operado un cambio en aquella mujer. Al primer golpe de vista me había parecido más ebelta. Habría yo creído que tendría unos veintidós años y después supe que por lo menos, rayaría en los treinta. Su pelo no es de un rubio natural y sus ojos no tienen la expresión que yo les había atribuido anteriormente.

Confieso que no había notado que aquella mujer tuviese las piernas demasiado largas y que la distancia de las rodillas á las caderas era exagerada. ¿Y las manos? examinemos las manos, puesto que mi compañera de viaje se había quitado los guantes. Las manos son huesosas y los dedos muy delgados.

La viajera ha dejado de leer y contempla el oleje. Si volviese la cabeza y me diese á entender que un poco de

charla conmigo podría distraerla, abandonaría mi asiento para acercarme á ella... ¿No? ¿No quiere? ¡Tanto peor para ella.

Los viajeros que nos acompañan se han dormido. Estoy solo con aquella mujer indiferente. Cojo nuevamente mi libro y prosigo mi lectura. Leo apresuradamente, suprimiendo las descripciones.

Estoy en la página 122 y nada logra distraerme. Creo que nos hemós detenido dos veces. La novela que leo comienza á aburrirme, á pesar de lo cual estoy resuelto á llegar hasta el fin. Antes, sin embargo me concedo un momento de recreo: me permito mirar á mi compañera de viaje. Tengo que contener un grito de horror. ¿Qué ha sido de aquella mujer? Mecida por el movimiento del coche se ha dormido sobre la cadera izquierda, porque su corsé no le consiente otras posiciones. Me parece más larga la nariz y noto que el labio inferior le cuelga, ofreciendo un desagradable aspecto.

Las mujeres guapas no deberían dormir jamás en ferrocarril. El sueño las envejece.

Aquella mujer dormida parece la madre de mi desconocida. El cansancio acusa los defectos que yo había supuesto.

El sombrero se aplasta contra la pared del coche y se inclina sobre una oreja. La falda del vestido, un tanto levantada, permite ver un tobillo sumamente delgado.

Con verdadero dolor me hago cargo de aquel desastre. ¿Válle la pena de haber soñado durante algunas horas en compañía de aquella mujer? Aún concediendo que se hubiese prestado á amarme, algún día habría notado yo los indicados defectos. ¡De buena me había librado!

Y libre de todo remordimiento reanudo mi lectura en la página 123. No vuelvo á mirar á la viajera. Aunque me suplicara que aceptase su cariño no le haría caso alguno y le contestaría desdeñosamente. Soy feliz, me he quitado un gran peso de encima y leo más apresuradamente que nunca.

Nos vamos acercando á Trouville. Mi compañera se despierta sobresaltada. Coge unos de sus sacos de mano del que saca un espejo redondo y otros objetos de tocador.

En seguida se modifica por completo el espectáculo: el sombrero queda colocado en su sitio, vuelve á reflejarse la expresión de los labios, y el rostro, después de bien empolvado, recobra su natural y primitivo aspecto.

Aquella mujer se ha transformado en un instante, reconquistando en absoluto toda su belleza.

La viajera cierra su saco, se vuelve á poner la chaquetilla y cuando entramos á la estación de Trouville está tan hermosa como en el momento de la partida del tren.

¡Pero he dejado de amarla!

P. WEBER

EL PLANETA MERCURIO

El pasado jueves, y entre diez y media de la mañana y dos de la tarde pasó el planeta Mercurio por el disco del Sol.

Como el plano de la órbita de Mercurio no coincide con el de la Tierra, dicho fenómeno sólo se reproduce en periodos de trece, siete, diez y tres años. El último paso se verificó el 10 de Noviembre de 1894, y el próximo ocurrirá el 6 de Noviembre de 1914.

Este es un problema que no parece próximo á ser resuelto.

Nadie ignora que el planeta Mercurio es el que se encuentra más cerca del Sol, y como nunca es visible de noche, sólo puede observarse durante los crepúsculos, apareciendo como un astro rojizo de fuerte centelleo; que no se necesitan menos de 20 globos como el de Mercurio para hacer uno como nuestro planeta, y que la duración de su «año sidéreo» (ó sea el recorrido de su órbita) es de ochenta y siete días, veintitres horas, quin e minutos y cuarenta y dos segundos.

El tranvía eléctrico

En la próxima semana se inaugurará el ramal del tranvía eléctrico desde esta ciudad al barrio de Santa Lucía.

El intervalo entre cada coche será de 20 minutos, saliendo el primero de la Puerta de Murcia á las 7 de la mañana y de Santa Lucía para Cartagena á las 7'10. El último coche de Cartagena para Santa Lucía á las 8'50 de la noche y de Santa Lucía á Cartagena á las 9 de la misma.

Las paradas serán como en las demás líneas, fijas y discretionales. Fi-

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 76

La ciudad vieja, la ciudad negra, la ciudad europea, la ciudad china, todas estas ciudades que forman la de Madras, se habían conmovido mucho al anuncio del proceso: los indios ricos y pobres esperaban con ansiedad su fallo para juzgar de la justicia de los ingleses, sus dueños, y para saber si tendrían la imparcialidad bastante para sacrificar á un compatriota ayo, marchado con la sangre de un indio.

En la mañana del día de la vista, todas las avenidas del palacio en que se instaló el tribunal estaban inundadas por un pueblo de todos los colores, mosaico humano que no pisa más que las calles de Madras. Los jueces eran cinco, precididos por el juez de lo crimina; el attorney general estaba en su banco.

Condujeron á los presos á su presencia. Llevaban el vestido de su casa desgraciada; sin embargo; las señoras de la alta sociedad blanca y cobriza de Madras observaron que tenían noble presencia y que en nada se asemejaban á los acciños.

Después de haber preguntado á los acusados por su edad, su profesión, su país, su domicilio, el juez de lo criminal mandó llamar á los testigos. Catorea depusieron contentes; Mirpour y Goulab y los doce peones de Monno-samy. Todos afirmaron que gabriel y Kierbbe habían asesinado á su señor y su amigo entre las márgenes del Lotehni y las gar-

CAPITULO IV

En Madras

Después de una larga marcha por la campiña Kierbbe y Gabriel llegaron á Madras y fueron encerrados en la cárcel del fuerte de San Jorge. La justicia es siempre más expeditiva en las colonias que en las metrópolis.

Los dos prisioneros no tardaron en compadecerse antes sus jueces; habían agotado las conjeturas sobre la causa de su prisión. Kierbbe repetía siempre que se le acusaba sin duda de haber tratado de tendar una ciudad en el desierto, crimen castigado quizá por el código indio; á ignorando por ellos.

—¡Los dos cantores nos han denunciado!—decía Gabriel.

—Comprendo perfectamente esa acusación—

